

El lenguaje y lo maravilloso en la fachada de la Universidad de Salamanca

Juan Antonio González-Iglesias

Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo

IEMYRhd

Doy las gracias al rector y a la directora de los Cursos Internacionales de la Universidad de Salamanca por haber confiado en mí para que les hable en la inauguración de nuestros Cursos de Verano. Inaugurar implica algo más que establecer un inicio. Supone apostar por un tiempo venturoso, cosa que hago ya.

Para un universitario, y en particular para un salmantino de nacimiento, los Cursos Internacionales forman parte de la vida y de sus momentos mejores. Nuestros estudiantes estivales traen una Salamanca más luminosa todavía, más alegre, más relajada. Poder dirigirme así a este público en el Paraninfo, con palabras propias ya del verano, es un regalo único.

Así voy a hablarles de «El lenguaje y lo maravilloso en la fachada de la Universidad de Salamanca». Todos acabamos de cruzar esa portada y todos, una vez más, la hemos contemplado siquiera sea un instante. Es un objeto bello que también es objeto de estudio, desde especialidades distintas. Es lógico, porque su precioso entramado no se deja reducir a un enfoque único. Hoy, como corresponde a nuestros cursos, vamos a abordarla como lenguaje, desde la filología y desde la poesía, sin separarlas.

Las figuras retóricas o poéticas, a las que denominaré figuras del lenguaje, están presentes en la «escritura» de nuestra portada. Por eso también las voy a utilizar al leerlas. *Figura* ES que la forma dada a la cosa, incluso modelándola o tallándola a mano. Pertenece al vocabulario de la escultura y la alfarería. Sin la noción de *figura* no se entiende una obra de arte tan extremadamente *figurativa* como esta fulguración de piedra que ha merecido el adjetivo de plateresca. Empezaré por una figura, no muy conocida, porque tiene un nombre raro: la *endíadis*. Actúa cuando el lenguaje divide una cosa en dos; por ejemplo, para referirnos a la «Copa

de oro», podemos decir «bebió de la copa y bebió del oro». O, para algo que tenemos estos días más a mano: la «botella de agua»: «bebió de la botella y bebió del agua». Vamos empezar por la palabra impescindible: «maravilla», que proviene del latín *mirabilia*. Es el plural de *mirabile*, que significa «lo que hay que mirar y lo que hay que admirar, es decir admirar, lo que hay que detenerse a mirar hacia arriba y de cerca». La «a» en la que termina maravilla, indica en latín un conjunto. Sin duda, la fachada de la Universidad responde a eso: es un conjunto de cosas muy bellas y admirables (cada una de ellas y el todo). «Maravilla» vendría a ser el plural de «admirable»: un conjunto que merece ser *contemplado*. Este verbo es importante, porque guarda la idea de templo –de la inteligencia– que ya el rector Unamuno evocó en este espacio. El juego entre *maravilla* y *admirable* es el mismo que hace que *leña* sea un conjunto de leños. Por cierto, que Antonio Colinas ha publicado recientemente un libro que describe la fachada como «bosque de símbolos». El bosque contiene los árboles, igual que el árbol contiene las ramas: organizándolas. En este bosque resplandeciente buscaremos la rama de oro de Virgilio, o sea, la palabra esencial.

Pero, se preguntarán ustedes, ¿dónde está la endiádis? En que he dicho «El lenguaje y lo maravilloso en la fachada. «Pero esas dos cosas son una, «El lenguaje *maravilloso* en la fachada» o, mejor, «El lenguaje en la maravillosa fachada de la Universidad de Salamanca» (no me voy a recrear en decir lo que estamos todos pensando: El lenguaje en la *maravillosa* Universidad de Salamanca o incluso en la Universidad de la *maravillosa* Salamanca). ¿Y de qué nos sirve eso? Para saber que lo que vamos a explicar vale tanto para el lenguaje como para la fachada.

La cultura clásica hace que los lenguajes verbal y visual se traduzcan mutuamente. La literatura y el arte clásicos comparten mitos, imágenes y metáforas. La fachada del estudio salmantino está concebida exactamente así: como las obras de arte de la Antigüedad, en la estela de las maravillas del mundo. Maravilla, como vemos, no es nada misterioso. Es una categoría estética.

Comúnmente, la fachada es concebida como aquello que se ve o *aquello a lo que se parece*: escultura, arquitectura, orfebrería, estandarte, tapiz o bordado. De piedra, claro. Y aquí entra en juego la gran figura del lenguaje: la metáfora. Que nos lleva a otra metáfora, la de texto, que es la

versión culta de tejido. En este texto o tejido de hilo oro el lenguaje es unas veces visible y otras invisible. Y, como lenguaje, se materializa en las lenguas: griego, latín y español. También entre ellas habrá que traducir.

Uno de los patrones creativos de la fachada es el enigma, el juego, el desciframiento de lo encriptado lingüísticamente. Empezaremos por el centro, el foco que Roland Barthes denominaría el «punctum» en una fotografía –y estamos ante una «polaroid de piedra» como la ha calificado un poeta–. Es, sin duda, el medallón central, el más rico simbólicamente de toda la universidad y de toda la ciudad, a pesar de que hay en total bastantes medallones.

No hace falta decir que un medallón es una medalla, una moneda. Tiene la perfección del círculo, que no es solo geométrica sino cosmológica. En una superficie áurea, es imagen del sol. En su interior, se encuentran las figuras de los Reyes Isabel y Fernando, acompañadas de una inscripción en griego. Evoca los tondos policromos florentinos y el espejo pictórico en el que Van Eyck acotó al matrimonio Arnolfini. Refleja la idea de perfección.

La inscripción, «*hoi basileis*» se convierte, desde el punto de vista lingüístico, en el epicentro de la fachada. Cuando estas palabras se escribieron en griego, la universidad se adentraba con firmeza en la Modernidad. Quienes diseñaron este signo tuvieron en cuenta tres aspectos fundamentales del lenguaje. En primer lugar, el gráfico: una tipografía griega de exquisita belleza, con mayúsculas griegas cinceladas elegantemente. En segundo lugar, el sintáctico, que es equilibrado como un quiasmo A -B /B -A trazando dos semicírculos. Por último, el sonoro.

Los brazos de los Reyes completan el arco y nos recuerdan que el cuerpo humano es escritura y la escritura es cuerpo. Por cierto: si la fachada entera fuera un *corpus* de palabras (y lo es), un cuerpo, el medallón sería su **umbilicus**, el ónfalos, el ombligo que, literalmente, lo organiza, porque lo convierte en un *órganon* vivo, en algo orgánico.

Dentro, concéntrico, está el vocablo de máximo simbolismo. *Enkyklopaideia* cuya sonoridad la dirige antes al oído que al sentido. Veamos sus partes. «En» es la misma preposición que mantenemos. «**Ciclo**» está emparentado con el latín *circus* y con su diminutivo *circulus*.

La noción de «ciclo» es perfecta para el círculo del medallón. Cuando la palabra es la cosa (no solo está en ella), estamos ante la poesía en estado puro. Lo circular denota un saber ampliado a un ámbito general, y un conocimiento total, por completo. «**Paideia**», derivada de *país* (*paidós*, niño), es la educación y cultura. *Enkyklopaideia* significa universidad.

El medallón equivale al **sello universitario**. y su lema latino. «Salamanca enseña de manera excelente, todas las ciencias». *Universitas* (término que se aplicó por vez primera a la de Salamanca) reitera la idea de «dar la vuelta». El medallón es metáfora y metonimia de la universidad: es un óculo heliocéntrico, un sol en el universo de la fachada, un foco.

Todas las escuelas filosóficas griegas se asentaban en jardines. En nuestro caso, la fachada es un *locus amoenus* de piedra, **un jardín vertical** en el lenguaje paisajístico de ahora. Es **un campus vertical**. Sin embargo, no se denomina Jardín, como el de Epicuro; ni Liceo, como la escuela de Aristóteles; ni Academia, como la de Platón, que era y sigue siendo el nombre más común. La elección de *enciclopedia* es muy llamativa y muestra un gran cuidado en la traducción.

Inseparable de ella es la palabra *basileus*. Es el título de **Alejandro** Magno como emperador. Los reyes se presentan como herederos de Alejandro, igual que la Universidad lo hace con Alejandría. La ciudad fundada por Alejandro, nos sitúa en una Grecia *fuera de Grecia y después de Grecia*. Eso es exactamente Salamanca, lo que no impide que la ciudad haya sido denominada la «Atenas castellana».

¿Por qué Alejandría? Por su famosa **Biblioteca**, que aspiraba a compilar la totalidad del conocimiento universal en formato de libro. Y justamente detrás de la fachada se encuentra la biblioteca, específicamente la cámara que alberga sus más valiosos tesoros. Si observamos con mayor detenimiento, los reyes se asoman desde un óculo, una ventana circular, ubicados en la biblioteca y contemplando el mundo desde ella. No olvidemos que esta fue la primera biblioteca pública de España y sigue siendo una de sus grandes colecciones de libros.

Todo puede decirse en griego, *bibliotheka* (los libros) se asoma al *cosmos* (el mundo), y proyecta al *anthropos* (el ser humano), también a

nosotros mismos, es un espejo en el que se proyecta la humanidad. Una placa de hace unos años llama a la Universidad de Salamanca «faro de la humanidad». Pues bien, el medallón sería su foco. En esa fusión de **Grecia** con el **Egipto helenístico**, la fachada es un gran enigma hecho de muchos enigmas. Entrecerremos los ojos para verla como un papiro preservado en la arena, plagado de **jeroglíficos**.

El escudo de la Universidad se duplica en el medallón y se despliega en la fachada, por las figuras llamadas metonimia y amplificación: el Papa con clérigos. las armas reales y las pontificias (tiara y llaves).

Si el Papa, que ahora presenta los dedos rotos, estuviera impartiendo su bendición, esto evocaría la fórmula **Urbi et Orbi**, dirigida a la ciudad y al mundo. En latín esta «pequeña Roma», reitera lo que ya ha dicho en griego, porque **orbe** significa dos cosas muy importantes que ya conocemos: mundo y círculo.

Dentro del círculo están dos elementos tan conocidos que nos resultan desconocidos: el yugo y las flechas. En un decreto la reina Isabel había afirmado: «Mi divisa son once flechas atadas por el medio». Como la F de Fernando es la de «flechas», se ha propuesto que las once letras del nombre en latín, «Ferdinandus», corresponden a las once flechas que habitualmente se representan, (aunque aquí son diez). El nombre del rey en latín estaría escrito dos veces: con letras y con flechas.

El **yugo** es un enigma lleno de sentidos, cuatro al menos. 1) Por supuesto, en un **matrimonio**, hemos de mencionar la palabra cónyuges, los que comparten el yugo matrimonial. 2) Y en una pareja de estadistas, debemos ver el emblema de un **poder** benévolo: los Renacimiento suele asociarse a las palabras de Cristo: «mi yugo es suave». 3) La historia principal que esconde es la del **nudo gordiano**. Alejandro Magno llegó a la ciudad de Gordio, donde encontró un yugo con un nudo. El que lo desatara, sería rey y conquistaría la India. Alejandro, demostrando su resolución, optó por cortarlo con su espada, afirmando que «da lo mismo cortarlo que desatarlo». Así, este emblema presentó a Fernando como un nuevo Alejandro, incluso en relación con el descubrimiento y la conquista de América (las Indias).

4) El yugo escribe otras palabras en la fachada: **Tanto monta, Nebrija, diccionario y gramática**. Hay bastantes datos que apuntan a que Nebrija participó en este emblema del yugo. Lo que es seguro es que Nebrija en su *Diccionario latino-español*, ofrece la traducción de la frase de Alejandro al cortar el nudo y es «tanto monta». Es el lema de Fernando como nuevo Alejandro (para ser rey y para la conquista de las Indias). Y en otro plano es el lema de la pareja que marca la igualdad entre ambos soberanos. Esto último se relaciona con un no pequeño matiz feminista que intentaré resumir: Isabel era reina titular de Castilla, y Fernando tenía menor rango cuando se casaron. En una historia escrita en latín, Nebrija confirma el vínculo que el yugo cifraba el acuerdo de igualdad, pero no de la mujer con el hombre, sino del varón con la mujer. De hecho, nos cuenta que ella repitió la fórmula del matrimonio romano, pero con las palabras del marido, dirigiéndose a él como el desposado por ella. Nebrija, autor de la primera **gramática** castellana, del **diccionario** hispano latino, es gramático, predecesor de los profesores de latín y de español de nuestra universidad y de todo el mundo hispánico y en gran medida del europeo y americano. (Hay un estudioso que piensa que la efigie de Nebrija es una de las figuras de la fachada. No lo sé, pero sé que el nombre de **Nebrija** está en el yugo, como una **firma** autógrafa, aunque él ya no estuviera).

Por obra de la metonimia, la fachada resulta ser sucesiva y vertiginosamente unas **palabras**, una **página**, un **libro** que resume muchos libros, una **biblioteca** y, al fin, el **mundo** entero. Es, por tanto, también un reflejo de la biblioteca, casi como si fuera un gran cristal o una gran pantalla en la que viéramos proyectada la biblioteca interna y todos y cada uno de sus libros, especialmente la Eneida de Virgilio.

Hay otra palabra fundamental que curiosamente no está escrita, a pesar de ser griego puro y de que se cierne sobre toda la fachada: «católicos». Proviene del griego *kata* y *holos*, que significa «todo» o «total», como se aprecia en «holístico». La traducción exacta al latín y al castellano es «**universales**». Nosotros, después de lo que hemos visto, podemos darle el sentido nuevo de la universidad que acabará siendo laica: «universitarios», «cosmopolitas». Vemos entonces en la ventana (o reflejados en el espejo) a una pareja joven, hombre y mujer, ligeramente andróginos, que se asoman desde la biblioteca, habiendo leído, aprendido,

y mostrando una imagen risueña de serenidad. ¿Su modernidad? Mucha, porque se funda en lo clásico.

En ese círculo es visible la *humanitas*, la traducción romana de la *paideia* griega (educación). Esta palabra es una innovación léxica de la época de Cicerón, que engloba tanto el conjunto de la **humanidad** (pasada, presente y futura) como el ideal mejor de lo humano: la amabilidad, la empatía, y la gentileza. Es el fruto dulce de la cultura, concretado en la sonrisa que encarnan los personajes de la fachada. Debemos considerar también el plural «**humanidades**» que ahora denominamos culturas.

Habíamos empezado por el centro, pero si fuera una página (y lo es), dirigiríamos nuestra mirada por el ángulo superior izquierdo. Está ahí la diosa Venus. Una diosa desnuda equivale a un texto en griego. Afrodita, Venus, en Roma, a quien Virgilio (que es el gran poeta de referencia para leer la fachada) denomina «*alma Venus*» y también «*mater*». No hace falta más para deducir «**alma mater**». Otra vez tenemos el nombre de la Universidad, en este caso por metonimia y alegoría. Madre nutricia, que alimenta. Alumno, alumna, no son otra cosa que «alimentados» por su *Alma mater*, en un bonito juego etimológico.

Además de sus nombres algunos personajes de la fachada aportan otras palabras interesantes. He elegido tres para terminar nuestra lectura.

Uno es **Marco Aurelio**. Podríamos poner junto a él el título de su gran obra «Meditaciones» y algunas de sus frases memorables, pero voy a proyectar otra palabra extraída de su correspondencia con su profesor de lengua, Frontón (que, por cierto, se había formado en Alejandría), al que en sus cartas saluda con una muy noble palabra propia del mundo universitario: «**magistro**», maestro, que deriva de *magis*, «más», cosa que no todo el mundo reconoce, ni entonces ni ahora.

Algo parecido sucede con la **Sibila**, decisiva en la *Eneida*. Acompaña a Eneas en su viaje por el más allá. donde encuentran a los bienaventurados, a los felices para siempre. La fachada repite el juego temporal de Virgilio: viajar al pasado para relatar el futuro. Un juego que se repite cada vez que la admiramos y que nos va a incluir a nosotros cuando cantemos el Gaudeamus. Pero en esta historia de las palabras, y

teniendo la biblioteca detrás, la Sibila quiero hacer visible otro aspecto: la Sibila trajo a Roma los **libros** donde estaba escrito **enigmáticamente** el futuro, porque ella, igual que en sus profecías, se expresaba siempre de manera ambigua, esperando ser descifrada. Los libros sibilinos. Dicho con palabras de Umberto Eco, la Sibila nos avisa de que la fachada es una *obra abierta*, que se completa con nuestras interpretaciones.

Concluyo, acogiéndome a esa libertad interpretativa. Solo nos falta el punto más excéntrico (en todos los sentidos). El gran personaje: la **rana**. Les propondré una interpretación poética y veraniega. Durante cinco siglos poetas y escritores han visto la fachada. Góngora es uno. En un libro reciente titulado *Universales* tomé o robé un verso suyo para describir la fachada de nuestro estudio: «el vigilante estudio lo es de fuego». Es perfecto para el momento en el que le da el sol. Y en el verso anterior de ese soneto, Góngora escribe la palabra «salamandria». De ahí me fui al principio de una de las octavas del *Polifemo* «salamandria del sol», para la canícula, en la que casi estamos. Todo esto son libérrimas asociaciones mías, imaginé que se estaba acordando de la fachada del estudio salmantino que vio cuando vino de joven a los cursos de entonces. Su color, el disco solar... Recordemos que estamos ante un juego de enigmas.

¿Y si hubieran querido, mediante la rana, evocar una salamandra? Son muy parecidas, al ser parientes zoológicos. La diferencia más visible es que la salamandra tiene cola, y la rana no. La salamandra tiene la posibilidad de volverse círculo (algo que no está al alcance de la rana). Eso nos devuelve al orbe, a la *universitas*, al ciclo de *enciclopedia*. Además, nos da la clave de que la inscripción griega del medallón es un uróboro. Así operan los jeroglíficos y los emblemas.

En el relato fantástico de la fachada ¿cómo ha llegado ahí este batracio anfibio, rana o salamandra? Brincando, si es una, trepando si es la otra. Y ¿de dónde viene y a dónde va? Anfibio, porque se mueve entre dos mundos, pero no los que pensamos, sino los que definen la vida universitaria. Como ha dicho el poeta: «Discípulo (aunque díscolo) batracio / vuelva, no al Tormes desde su áurea greca, /a su bestiario sí, a la biblioteca».

La salamandra, ya desde la Antigüedad, se relacionaba (como hará Góngora) con el sol. Es la salamandra ígnea de los bestiarios medievales. Se asocia al conocimiento, y al círculo, a los justos, a los santos y a los palacios de los reyes. La salamandra es un emblema de moda en el Renacimiento. Se decía que se alimentaba de fuego. «Me alimento», *nutrisco*, declara la salamandra en el emblema del rey Francisco I de Francia, el que desde 1525, cuatro años antes de la fecha de la portada, fue prisionero de Carlos V. Esa idea de «**nutrir**» nos devuelve al «Alma Mater».

El problema es que desde abajo es imposible determinar si tiene cola o no. Pero hace unos años, durante su restauración, la fachada estuvo recubierta por un andamio que permitía una visita denominada «Ascensum». Ahí la tienen.

El yugo (y Venus y la Sibila y Marco Aurelio) nos ha enseñado que cada palabra de la fachada puede –y debe– verse en varios planos. También, que no debemos olvidar el aspecto fónico del lenguaje. De las 9 letras de Salamanca, 8 están en Salamandra. Eso es una paronomasia (casi perfecta) y quizás un juego de palabras, un anagrama que es un criptograma.

Como ven, no se puede saber si tiene cola o no. Las patas y la cabeza no ayudan mucho. Tampoco sabemos si esa indeterminación en que queda la cola es azarosa (movida por las necesidades espaciales), errónea (por ejemplo, porque el cantero nunca hubiera visto una salamandra) o deliberada, integrando la pieza en el conjunto (me refiero a los muchos juegos de lenguaje). Por supuesto, podría suceder que sea una rana, sin más. Sin embargo, aquí nada es solo lo que parece, sin más. No sé si podemos afirmar que es exclusivamente una rana. Lo que no podemos hacer es descartar el parentesco formal con la salamandra. Esta se llama igual en griego, en latín y en español: salamandra. Su rima visual sería una manera creativa de «casi escribir», jugando con las imágenes, el nombre de Salamanca en griego y en latín, mejor que Helmántica y que *Salamantica*.

Si así fuera, tendríamos que leer en el medallón «*Enciclopedia*, es decir, Universidad» y en la rana «Salamandra, es decir, Salamanca». Después de tanto enigma en griego y en latín, podríamos, por fin, en

español leer sencillamente el nombre que sigue teniendo hoy:
«Universidad de Salamanca».

Muchas gracias.